

## ANOTACIONES EN TORNO A LA TRADUCCIÓN DE LA LITERATURA FRANCESA MEDIEVAL: DEL TEXTO AL TRADUCTOR

RAMÓN GARCÍA PRADAS  
Universidad de Castilla-La Mancha

No es normal que los estudios traductológicos suelen dedicar mucha atención a las dificultades y problemas que plantea la traducción de una obra medieval y, sin embargo, la necesidad de traducir las obras literarias de este periodo parece ser una cuestión acuciosa a la hora de mantenerlas vivas y de acercarlas a un público que, aun siendo buen conocedor del estadio moderno de la lengua en la que fueron escritas, en la mayor parte de ocasiones no cuenta con un conocimiento filológico tan sumamente preciso como para afrontar la lectura directa de estos textos.

En el caso particular de la lengua francesa esta necesidad de traducir llega incluso a acrecentarse más que en otras lenguas románicas, dada la rápida evolución que el francés ha experimentado desde que únicamente se trata de un desdénado vulgar hasta que se convierte en el francés que conocemos. Por ejemplo, entre lo que los romanistas tradicionalmente conciben como *francés antiguo* (s. IX a s. XIV) y *francés medio* (s. XIV a s. XVII) las diferencias resultan, en no pocos casos, abismales y, sin embargo, nos encontramos ante dos estadios de la lengua sucesivos y separados por pocos siglos. No en vano, por ejemplo, sólo dos siglos después de que apareciera el Roman de la Rose ya tuvo que ser traducido, pues la gente no podía leer con facilidad el francés en el que estaba escrito (mediados del siglo XIII). Siguiendo en el orden de lo diacrónico, pero llevándolo más al extremo, comparar el *francés antiguo* con el *francés moderno* (s. XVII hasta nuestros días) serviría para dar cuenta de la absoluta incomprensión que puede llegar a establecerse entre el francés que se habló durante la Edad Media y el francés que se habla en la actualidad. La traducción como forma de acercarse a la rica y bella literatura que se escribió en Francia a lo largo del medievo se hace necesaria no sólo para los hablantes de otras lenguas sino para el francés de a pié, para aquel que no cuenta con el suficiente utillaje filológico como para afrontar, de manera comprensiva,

la lectura directa de estos primeros tesoros que empiezan a configurar la *Literatura Francesa*. No en vano, Queffélec y Bellon, en su obra *Linguistique Médiévale*, apuntan al respecto: "il faut traduire l'ancien français comme l'on traduirait une langue étrangère en un français qui soit celui d'aujourd'hui pour la syntaxe, le style et le lexique" (1995: 9), aspecto que asimismo corrobora Batany al afirmar que el desconocimiento del *francés antiguo* imposibilita su comprensión directa, incluso en el caso de un hablante francófono: "le texte doit être traduit en *français moderne correct* de façon a pouvoir être compris par un francophone de notre époque, cultivé, mais ignorant l'ancien français" (1972: 16).

Esta eminente necesidad de traducir del *francés antiguo* e, incluso, *medio* por parte de un hablante francófono nos obliga a planteamos si las diferencias que se desprenden desde un punto de vista lingüístico y cultural son o no insalvables entre la lengua de partida, el *francés antiguo* o *medio*, y la lengua de llegada, el *francés moderno* u otra lengua. Esta cuestión también nos obliga a preguntarnos si, más que de traducción, convendría hablar, antes bien, de adaptación en lo concerniente a unas obras literarias tan alejadas ya en el tiempo.

Finalmente, pensamos que no se puede abordar la traducción de las obras literarias escritas en *francés antiguo* o *medio* sin analizar el perfil del traductor que se enfrenta y actualiza un legado literario que no pensamos que sea sólo de interés para un público con formación filológica, ya que las obras medievales de cualquier literatura, y las que se configuran en el ámbito de la *Literatura Francesa Medieval* no son una excepción al respecto, suelen llamar la atención de un público ajeno al ámbito filológico. Pensemos, por ejemplo, en la repercusión del *Roman de la Rose* o de las novelas artúricas de Chrétien de Troyes, por citar sólo dos ejemplos, entre el público francés y no francés de nuestros días.

En este orden de ideas y ante la necesidad de contribuir a los estudios traductológicos con estudios que reflexionen sobre la actividad del traductor de obras literarias medievales, sobre las dificultades que los textos escritos en esta época presentan y teniendo finalmente en cuenta el rico campo de trabajo que supone para el traductor acometer la traducción de estas obras al *francés moderno* o a cualquier otra lengua, queremos, en el marco de este estudio, reflexionar sobre las cuestiones que anteriormente hemos expuesto. Empezaremos, pues, por abordar las dificultades lingüísticas y culturales.

En efecto, el traductor de textos literarios escritos en *francés antiguo* o *medio* se enfrenta a una ardua y, a veces, poco reconocida tarea a la hora de abordar las diferencias que existen entre la lengua origen y la lengua meta (*francés antiguo* o *medio* y *francés moderno*), si además pretende hacer su trabajo respetando máximas como la exactitud, la corrección y la elegancia. Podríamos definir su labor de traducción como una transposición que, respetando en la medida de lo posible el texto, también tendrá que liberarlo de las constricciones que conlleva una lengua en desuso. Lo ideal es que el resultado de su trabajo sea un texto que conserve su sabor medieval sin que por ello tenga que caer en lo arcaizante. Por lo tanto, el traductor de textos medievales ha de cumplir en su labor un complejo proceso en el que, in-

tentando conservar la forma, no pierda el sentido, la intencionalidad comunicativa del texto o su tonalidad, tareas que no resultan nada fáciles en textos tan alejados en el tiempo:

*Particularly as it concerns the rendering of medieval texts into modern versions, the problem that confronts the translator is that of determining the finality and tonality of the text to be translated. The translator must choose between the significative and the objective reality of the text: he must identify the rapport that exists between the signifier and the signified, between the poetic and the semiotic elements of the texts: he must decide to what extent the text must be looked upon as autonomous linguistic material, as the structural realization of linguistic and communicative possibilities independent of its psychological, cultural and social expressivity (Sticca, 1981: 108).*

Desde un punto de vista diacrónico, los cambios que la lengua ha sufrido, especialmente en el caso de la lengua francesa, donde éstos son bastante acusados, suponen, a nuestro entender, la primera dificultad que el traductor deberá salvar, ora conservando, en la medida de lo posible, el sabor arcaizante de la lengua origen ora alegando, como afirman Peña y Hernández (1994: 83-84), que el texto, de por sí, ya es portador de una serie de marcas, como, por ejemplo, pueden ser las referencias históricas, las fechas, la alusión a usos y costumbres, etc., que son suficientes para que el texto quede correctamente emplazado en el marco espacio-temporal que le corresponde, sin necesidad de que el traductor tenga que estar forzando y encorsetando su traducción. Además, en el caso particular del *francés antiguo*, ello se acentúa más si tenemos en cuenta su naturaleza fluctuante y la libertad que lo caracteriza desde un punto de vista gramatical: "Ce qui frappe avant tout, c'est la grande liberté dont jouit l'ancien français, c'est sa forme tres relâchée. On peut exprimer la mime chose de plusieurs façons, et d'autre part la mime expression peut prendre plusieurs significations. Les rapports entre la pensée et son expression, entre contenu et forme ne sont pas nets" (Wartburg, 1967: 93-94). Parece ser, por tanto, evidente que la traducción de textos medievales pone de manifiesto la utilidad de la *Linguística*' en el campo de la traducción. De hecho, para llevar a cabo una buena traducción de un texto literario escrito en *francés antiguo* o *medio* necesitaremos analizar, en primer lugar, su nivel lingüístico, prestando especial atención a las diferencias concretas que existen entre el estadio de lengua en que se haya el texto y el *francés actual*.

Estas dificultades se propician por la distancia temporal que se establece entre la lengua origen y la lengua término y atañen a todos los niveles: fonológico, morfo-sintáctico y léxico-semántico. Estas diferencias no son, en absoluto, desdeñables, pues suponen uno

† No sólo en la traducción de textos medievales ha sido necesaria la ayuda de la *Linguística*. Así lo afirma Mounin cuando nos dice: "On peut, si l'on y tient, dire que, comme la médecine, la traduction reste un art -mais un art fondé sur une science. Les problèmes théoriques posés par la légitimité ou l'illegitimité de l'opération traduisante, et par sa possibilité ou son impossibilité, ne peuvent être éclairés en premier lieu que dans le cadre de la science linguistique" (Mounin, 1963: 16-17).

de los mayores inconvenientes en el proceso traductor, especialmente cuando se intenta ser fiel al texto que se traduce. En tomo a las dificultades que entraña el factor de la distancia temporal, Hurtado Albir nos dice:

*La dimension temporelle est la variable la plus déterminante dans la fidélité d'une traduction car la distance dans le temps complique le rapport des paramètres en jeu. Pensons, par exemple, aux traductions des textes de Molière : le français du texte originel n'est pas le français actuel : le traducteur, en revanche, utilise pour sa traduction une langue actuelle (1990 : 99).*

Pero no sólo hemos de considerar que es diferente la lengua que traducimos. Para Margot (1979: 83), la distancia temporal también conlleva una distancia cultural<sup>2</sup>. Así, el contexto cultural en el que se ve envuelto el traductor tiene muy poco que ver con el contexto socio-cultural en el que la obra medieval fue escrita. Es más, muchas veces poco o nada sabemos de estos autores y, por si ello fuera poco, algunos de los conceptos culturales que envolvieron la *Literatura Francesa Medieval* hoy por hoy han desaparecido (Hurtado Albir, 1990: 99-100). Sin embargo, aunque estas diferencias culturales estén claras, suponen uno de los mayores problemas para el traductor, tanto como lo puedan ser las diferencias lingüísticas: "En fait, les traducteurs (bibliques, en particulier) ont souvent péché a cet égard (par ignorance ou en faisant preuve de préjugés, l'ignorance expliquant les préjugés ou les préjugés expliquant l'ignorance" (1979: 82).

La cuestión cultural no es, pues, secundaria en el proceso de traducción de un texto medieval. De hecho, todo texto se inscribe en un medio socio-cultural que conlleva, de forma inherente, una serie de códigos, costumbres, relaciones sociales, normas literarias y estéticas, etc. Este conjunto de dificultades de índole socio-cultural, junto con los problemas lingüísticos que comportan el *francés antiguo y medio* hace que la traducción de textos medievales se conciba como un proceso pluridisciplinar en el que intervienen dominios muy diversos: la *lingüística*, la *etnografía*, la *sociología*, la *literatura*, la *cultura*, la *civilización*, la *historia*, ... Pero la traducción de textos medievales no sólo es un proceso pluridisciplinar. Si hay tantos dominios que entran en juego, también la podríamos definir como un proceso constructivo y progresivo. De hecho, cuando un traductor se enfrenta a un texto medieval necesitará de una labor de examen y análisis que será tan importante como el resultado final al que llegue. Es más, sin este proceso, la calidad del resultado final sería muy cuestionable. Como dice Margot (1979: 83), el traductor no ha de fiarse, pues, única y exclusivamente de su intuición.

Traducir así del *francés antiguo* es, en nuestros días, lo que para los traductores del medioevo y del renacimiento<sup>3</sup> supuso (y aún hoy sigue suponiendo) la traducción de lenguas

<sup>2</sup> Es evidente que existe una interconexión muy fuerte entre lengua, cultura y distancia temporal. De hecho, Margot apunta al respecto: "Un message quelconque est étroitement lié a la culture dans laquelle son auteur est enraciné. Lorsqu'on traduit ce message dans une autre langue, il faut tenir compte des différences entre culture source et culture réceptrice. La sensibilité a de telles différences devrait aller de soi" (1979: 82).

Así lo afirman Delisle y Woodsworth, quienes a tal respecto nos dicen: "These pioneers were soon to encounter

clásicas, que, frente al auge de los "desdeñados vulgares"<sup>4</sup>, poco a poco iban a estar abocadas a convertirse en lenguas muertas<sup>5</sup>. Para el traductor actual traducir del *francés* antiguo también es una tarea harto difícil, pues para él se trata igualmente de un estadio de la lengua totalmente obsoleto. Al menos, el latín durante la Edad Media continuaba empleándose y era materia de estudio obligado, pero del *francés* antiguo y medio no podemos decir lo mismo en nuestros días. Por lo tanto, su traducción se convierte en todo un reto, mayor si cabe que el emprendido por los traductores medievales y humanistas, pues éstos, al menos, tenían un contacto bastante grande con la lengua que traducían. Hoy por hoy, como nos dice Toda (1993: 21), el único contacto que se puede tener con el *francés antiguo* y medio viene dado por la presencia de asignaturas como la Literatura Medieval o la Historia de la Lengua en los planes de estudio de Filología Francesa.

En definitiva, las dificultades lingüísticas y culturales a las que un traductor se enfrenta, por no hablar de otros tipos de dificultades como puede ser la elección del manuscrito (a menudo, un licenciado no suele tener conocimientos paleontográficos que le permitan transcribir el texto que aparece en el manuscrito) cuando de una misma obra se conservan varios, hacen que su labor no simplemente se ciña a traducir el texto, sino también a reconstruirlo y a describir las lagunas que éste pueda presentar. De ello se desprende que la traducción de textos medievales, quizá en mayor medida que otro tipo de traducciones, haga un uso generoso de las notas explicativas", entre cuyas funciones podríamos destacar la de dar cuenta de las pérdidas de forma o sentido o la intraducibilidad de un término cultural.

Sea como fuere, y llegados a este punto, entraremos en materia con el primer objetivo que nos habíamos trazado en este artículo, perfilar las dificultades de tipo lingüístico y / o cultural con las que el traductor de un texto literario escrito en *francés antiguo* o medio se verá obligado a lidiar en la mayor parte de ocasiones, por no decir siempre. Con respecto a las

---

cultural and linguistic problems inherent to the art of translation which were all the more arduous because they were breaking new ground" (1995: 36).

4 El término lo hemos tomado de Yllera, quien, en tomo a esta cuestión, apunta: "Pese al dominio indiscutible del latín como lengua de cultura, se había iniciado, ya en la Edad Media, la rehabilitación de los *desdeñados vulgares*, surgidos de la <<corrupción>>, en contacto con los <<bárbaros>>, de la <<noble>> lengua romana" (1999: 348).

5 En la Edad Media prima un público iletrado, por lo que se hace muy necesaria la traducción de obras escritas en latín, griego o hebreo, lenguas que desde hacia tiempo habían caído en desuso. La traducción se convirtió así en un trasvase de cultura que llegó a su punto álgido con el Humanismo: "Très rapidement, l'imprimerie engendra l'apparition d'une classe de lecteurs qui, pour desirux qu'ils soient de prendre contact avec la culture antique, ignorent l'hébreu, le grec et même le latin. Cet afflux de lecteurs nouveaux provoque une demande accrue de traductions en lanque vulgaire. Grâce aux « translateurs », la Renaissance prend alors son véritable visage, celui d'une ère de vulgarisation massive rendue possible par l'avènement de la civilisation écrite. C'est la Renaissance qui, éprouvant le besoin d'inventer des termes nouveaux pour désigner des réalités nouvelles, façonne une notion entièrement neuve de la traduction" (1991: 30-31).

6 Sobre la utilidad de estas notas Delisle nos dice: "Intéressants par leurs contenu, ils le sont aussi par leurs formes dont les particularités peuvent donner lieu à des commentaires d'ordre linguistique ou encyclopédique. Une allusion, une création lexicale, une adaptation culturelle, un jeu des mots, un raccourci heureux, bref, tout passage présentant un intérêt du point de vue de la traduction peut faire l'objet d'une note explicative ou justificative" (1984: 144).

dificultades lingüísticas, las hemos inventariado en seis grandes categorías (García, 2002a), aunque somos conscientes de que un examen más profundizado permitiría seguramente dar cuenta de otros tantos problemas.

Desde un punto de vista sintáctico, uno de los primeros problemas con los que ha de enfrentarse quien traduce del francés antiguo es la cuestión del orden de palabras. De sobra es sabido por aquel que conoce la Gramática Histórica de la Lengua Francesa que, si comparamos el francés antiguo con el *francés* moderno, el primero se caracteriza por una extrema libertad posicional, debido, en cierto modo, a que la función sintáctica quedaba expresada por otros criterios como era el uso de preposiciones. Así lo afirma Raynaud de Lage cuando en tomo a esta cuestión nos dice: "Comme l'on a vu, l'existence d'une déclinaison rend possible une grande liberté dans l'ordre des mots et des groupes des mots, tandis qu'en français moderne, en principe, la place d'un groupe de mots tient a sa fonction" (1968: 148). Sin embargo, el sistema de declinaciones es tremendamente ambiguo en *francés* antiguo, ya que de los seis casos que caracterizan el sistema de declinación latino, el *francés antiguo* sólo mantiene dos casos: el caso sujeto, con el que se designa la función sujeto y todo lo que tiene que ver con el *sujeto* (aposición del sujeto, atributo del sujeto) y el caso régimen para las demás funciones sintácticas (Galliot, 1967: 123). Habida cuenta de ello, no es difícil deducir que el *francés antiguo* sea una lengua con no pocas fluctuaciones sintácticas, motivadas por un orden posicional bastante libre en la oración y un reducido sistema casual lleno de ambigüedades. Bien cierto es que al *francés* antiguo no le resulta extraño el empleo de preposiciones<sup>7</sup>, pero no podemos decir que su uso esté tan generalizado como en *francés* moderno. En definitiva, estos tres factores dificultan sobremanera el establecimiento de la función sintáctica, criterio de gran ayuda en la labor de traducción. De ello se desprende que una de las primeras exigencias que se le hará al traductor será la de tener un detallado conocimiento de la gramática del francés *antiguo* y medio.

Si las diferencias gramaticales son tan grandes entre los diferentes estadios del francés, no serán pocas las oscilaciones en las que tengamos que hacer modificaciones sintácticas en nuestra traducción para que el texto sea inteligible. Hemos hablado, por ejemplo, de la cuestión del orden de palabras. De hecho, en francés antiguo la libertad posicional es tremendamente grande si la comparamos con el francés moderno. En efecto, mientras que en el estadio actual de la lengua el verbo tiende a situarse en la parte central de la oración (Bonnard, 1993:

<sup>7</sup> Autores como Bonnard y Régnier, entre muchos otros, ven una relación de dependencia entre el empleo de las preposiciones y la tendencia a establecer un orden oracional cada vez más fijo con la reducción y posterior desaparición del rico sistema de declinaciones con el que contaba el latín: "Le développement d'autres marques fonctionnelles (prepositions, ordre de mots) avait rendu le plus souvent superflues les marques casuelles, si bien qu'on aboutit vers le premier millénaire après J-C, sur tout le domaine latinophone (la Romania) a la réduction des mots et des adjectifs a deux cas" (1995: 14). Sin embargo, no podemos decir que el proceso fuese inverso, es decir, que la desaparición de las declinaciones o su tremenda ambigüedad en *francés antiguo* conllevará el uso de las preposiciones a la hora de establecer las relaciones entre palabras o grupos de palabras porque ya incluso en latín clásico el empleo de las preposiciones no es un fenómeno que provoque extrañeza.

280), en tanto que núcleo de la misma, aunque algunas veces también aparece en posición inicial (en los casos de inversión), en *francés antiguo* el verbo ocupa una posición totalmente movable. No en vano, Ménard distingue cuatro tipos de órdenes oracionales típicos: orden sujeto-verbo-complemento directo, orden complemento directo-verbo-sujeto, orden complemento circunstancial-verbo-sujeto-complemento directo y orden sujeto-complemento directo-verbo. Hemos de reconocer que este último, que, sin duda, recuerda el orden latino<sup>8</sup>, es el menos usado, pero no pretendemos teorizar ni profundizar en la compleja cuestión del orden de palabras. pues a nosotros directamente no nos compete<sup>9</sup>.

Dentro de las modificaciones *sintácticas*, el traductor también deberá tener en cuenta otros aspectos como, por ejemplo, es el acusado empleo que hace de la parataxis el *francés antiguo*. Desde un punto de vista diacrónico, se sabe que es anterior a la hipotaxis. En *francés* moderno se emplea la parataxis en muy contadas ocasiones (especialmente se hace con valor estilístico en los textos poéticos). La cuestión es que, en *francés* antiguo, buena parte de las obras literarias que responden al género narrativo se escriben en verso, mientras que la traducción suele hacerse en prosa, aunque existen muchos detractores que afirman que la traducción en prosa rompe con el sabor poético del texto. Ello quiere decir que el empleo de conjunciones, es decir, de hipotaxis se hace más que esperable en la versión traducida. Indudablemente, ello provocara una serie de alteraciones en la traducción, ya que, en ocasiones, el empleo de la *parataxis* en el texto en cuestión no era azarosa, sino que se hacía conscientemente a fin de reflejar el carácter oral y musical tan típico de algunos géneros (como el épico: "(...) el cantar de gesta, como otros géneros medievales, no es un producto de la escritura destinado a ser leído en privado o en público, sino que nace en el mismo instante y cada vez que brota de la garganta del interprete o juglar que escucha" (Ruiz Capellán, 1994: 57), o bien para dar al texto una mayor dinamicidad, aspecto lógico en una literatura que se recita, se declama o se lee en voz alta, en una literatura de la voz (Zumthor, 1984), como es la medieval, ante un auditorio que muy fácilmente podía distraerse y perderse a lo largo de la declamación.

Otra de las cuestiones que desde un punto de vista lingüístico debe ser también objeto de atención por parte del traductor es la que atañe a los tiempos verbales. En efecto, en *francés antiguo* y medio el paso de un tiempo verbal a otro en el mismo pasaje de un texto podía hacerse bruscamente, por lo que una traducción literal de los mismos puede confundir al lector. De hecho, para Queffélec y Bellon (1995: 9), es mucho más aconsejable en pro del

<sup>8</sup> Según Brunot, "les autours latins, quand ils n'etaient pas guidés par une intention paniculicre, plaçaient généralement le verbe a la fin de la proposition" (1966 I: 264).

<sup>9</sup> En cualquier caso, para una mayor información, ver García (2002b).

<sup>10</sup> Según Ménard, el empleo de la *parataxis* o de la *hipotaxis* es una cuestión que depende del género literario del que se trate o del aspecto temático que se pueda estar abordando dentro del texto concreto: "La parataxe est plus fréquente en vers qu'en prose, plus répandue dans les chansons de geste que dans les romans courtois. Alors que l'hypotaxe l'emporte dans les passages d'analyse psychologique qui ont toujours une certaine complexité, la parataxe prédomine dans les récits linéaires ou les scènes de bataille" (1993: 188).

lector tratar de armonizar los *tiempos verbales*, aunque ello implique abogar por una traducción más libre.

Asimismo, la *grafía* fluctuante que caracteriza al *francés antiguo y medio*, como consecuencia de la rápida evolución fonética que la lengua francesa sufre en ambos periodos y de la ausencia de imprenta, es también un problema arduo para el traductor de textos literarios. La inestabilidad gráfica de las palabras debida a las irregularidades y errores del copista (a veces, no hemos de perder de vista que en la transcripción de un mismo manuscrito han podido intervenir varios copistas y que éstos podían ser de regiones diferentes y, por ende, hablantes de dialectos distintos), a la fluctuación en el empleo de un mismo vocablo, también a la falta de diccionarios y manuales de gramática donde los escribas pudieran resolver sus dudas o, incluso, al cansancio de estos escribas, hace que al traductor le resulte mucho más difícil la localización de una palabra en el diccionario, ya que la forma de aparecer en el manuscrito no tiene por qué coincidir con la grafía de la entrada que el diccionario ofrece.

En otro orden de ideas, al amplio *panorama dialectológico* que caracteriza la Francia medieval (especialmente en lo referente a la *lengua de oïl*) también es un problema importante. No fue poca la literatura escrita en *normando, picardo o provenzal (lengua de oc esta última), etc.*, y, si embargo, nos es imposible en nuestros días mantener el sabor dialectal del texto cuando lo traducimos. No en vano. Newmark (1992: 262) señala que la traducción de un dialecto es una cuestión harto problemática para el traductor, pues puede llegar a provocar pérdidas de significado o, incluso, la pérdida del colorido regionalista que el texto en un principio presentaba. De hecho, y entre otros motivos, existen editoriales en Francia (*Gallimard, Bordas o Le Livre de Poche* son claros ejemplos de ello) que abogan por la edición bilingüe (*francés antiguo y francés moderno*) de los textos literarios medievales. Pensamos que se trata de una buena forma de dar cuenta del sabor dialectal del texto, pues lo encontramos en la versión original, pero hemos de reconocer que una edición bilingüe a menudo encarece considerablemente el libro.

Finalmente, dentro de las dificultades que podemos clasificar como de índole lingüística podríamos destacar la traducción de los *términos arcaizantes*. No son pocas las palabras que han desaparecido en la evolución del francés, por lo que muchas veces no es tarea fácil encontrar un término equivalente en la lengua a la que se traduce para expresar un determinado referente que puede que, con el paso del tiempo, también haya desaparecido. Una buena solución al respecto se encuentra en la consulta de un buen diccionario cultural. Sin embargo, deberíamos profundizar más en tomo a esta cuestión, ya que encierra una mayor complejidad de lo que, en un principio, parece. De hecho, hay quienes piensan que el traductor ha de intentar en todo momento que el texto guarde el sabor medieval que lo caracteriza, pero no son pocos los traductólogos que rechazan la presencia de *arcaísmos léxicos o sintácticos*, ya que ello conlleva una visión negativa de la Literatura Medieval. Los textos podrían concebirse como obras incomprensibles por un lector medio (Batany, 1972: 18). Toda (1993: 28)



nos ofrece una buena solución al respecto. al considerar la formación del público al que va dirigida la traducción. Por ejemplo, un traductor de una obra medieval no se va a plantear su labor de la misma forma si dirige su producto a un público filológico, con una buena base lingüística y cultural del periodo que nos atañe, que a un público general, ya que, en este último caso "imitar la lengua antigua es una dificultad que no existía para el destinatario original" (Toda, 1993: 27).

Sin embargo, no son sólo lingüísticas las dificultades que un traductor puede encontrar cuando se enfrenta a la traducción de un texto literario medieval. En efecto, las diferencias también pueden ser culturales y dentro de éstas, dado que enfocamos nuestra atención en la traducción literaria. nos gustaría empezar abarcando precisamente las dificultades de esta índole. Es cierto que existen modas literarias y que, por lo tanto, los estilos y los géneros, entre otros aspectos, pueden quedarse obsoletos, tanto mas cuanto que nos separan no pocos siglos de la *Literatura* escrita en la Edad Media.

En este orden de ideas, por ejemplo, una de las características mas representativas de los textos escritos en *francés* antiguo o medio es la *acumulación* de términos semejantes, lo que Queffélec y Bellon han denominado "binomios sinónimos" (1995: 10) o pares de términos con el mismo significado y seguidos el uno del otro. No hemos de perder de vista a este respecto que uno de los procedimientos retóricos en la elaboración de un texto es el de la *frequentatio* o acumulación de atributos, procedimiento que se utiliza con gran profusión en la épica y, sobre todo, en la novela. En tal caso, si se aboga por una traducción literal de todos y cada uno de estos términos se podría provocar, en primer lugar, sensación de extrañeza en el lector moderno (la novela actual, por ejemplo, no suele hacer uso de estos procedimientos). Además, podría dar la impresión de que el traductor cae continuamente en la redundancia y entorpece la lectura del texto traducido, provocando así el consiguiente hastío del lector. Por ello, no son pocos los traductores que, ante estos casos, optan por traducir con un equivalente *semántico*, ya que la acumulación de términos semejantes parece ser algo muy normal en la Literatura del medievo y también en el mismofrancés *antiguo*, mientras que el *francés* moderno es poco tolerante con las repeticiones. Se podría esgrimir que la repetición es una figura retórica que pretende la búsqueda de un determinado efecto de estilo para abogar por una traducción literal, pero si también hemos dicho que la acumulación de términos semejantes es una característica que pertenece a un determinado estadio evolutivo del francés y que la lengua de nuestros días no se caracteriza precisamente por ello. el traductor habrá de cuestionarse. cuando menos, la traducción literal en estos casos. y sólo se mantendrá si el traductor tiene una clara conciencia de que en el texto medieval la repetición persigue un determinado fin estilístico.

Otro de los problemas de índole literaria que mas preocupan al traductor es el de la *versificación*, y una vez más, en este sentido, las tendencias o modas literarias suelen ser las causantes de tal problema. Así, mientras que la narrativa actual (y no tan actual) se caracte-

riza por el empleo de la prosa, la narrativa medieval suele estar escrita en verso". De hecho, dos de los géneros narrativos más vigentes durante la Edad Media, tal vez, incluso, los dos géneros más célebres de la *Literatura* de este periodo se escriben en verso y, además, en un tipo de verso muy determinado, como si cada género tuviera sus propias convenciones en lo que a materia de versificación respeta:

*Les genres poétiques au Moyen Âge ont en général un système de versification déterminé. Les chansons de geste sont en vers de dix ou douze syllabes, groupés en laisses d'une seule assonance ou d'une seule rime. Les vers de huit syllabes rimant a deux sont les vers de l'épopée destinée à la lecture (roman de la Table Ronde, roman d'aventures, Roman de Renard, Roman de la Rose, fabliaux, fables, poésie didactique, chronique rimée, poésie dramatique (Gaston y Langlois, 1970 : XC).*

No hemos de perder de vista que la *Literatura Francesa Medieval* es una literatura eminentemente oral, destinada en muchas ocasiones a ser declamada en público por la figura de algún juglar. Ello hace que fuera necesario facilitar el proceso de memorización de la obra y, en este sentido, el verso, frente a la prosa, es un buen aliciente por los efectos de ritmo y melodía que conlleva, aspectos que se refuerzan con el empleo de la asonancia o la rima. Sin embargo, mantener el carácter versificado que el texto medieval presente será una cuestión bastante compleja para el traductor. Por ejemplo, sería muy difícil, por no decir imposible, respetar el cómputo silábico del verso, la asonancia o la rima del mismo, etc. De hecho, sólo basta con echar una ojeada a buena parte de las traducciones medievales para darse cuenta de que éstas han sido traducidas en prosa. Sin embargo, no todos los traductores comparten la adaptación a la prosa. Juan Victorio, traductor del *Roman de la Rose*, nos dice a este respecto: "Soy de los que piensan que un texto poético debe ser traducido poéticamente, no en prosa" (1987: 29). Evidentemente, cuando se trata de traducir un poema, una *canço*, un *alba*, una *balada*, la elección está clara. El propio género impone la traducción en verso. Además, el que el texto sea corto es una cuestión a favor del traductor. Sin embargo, cuando el texto a traducir es una novela medieval, las oscilaciones son grandes. Es vital que el traductor imponga un criterio lógico a su trabajo, pero, como nos dice Toda, "la opción entre el verso y la prosa es algo que tiene que decidir cada traductor, en función de la obra, de sus posibilidades, e, incluso, del tiempo que pueda dedicar a la traducción" (1993: 26). Como vemos, de las palabras de Toda se deduce que el pragmatismo también se impone en la traducción literaria de textos medievales, como en tantos otros aspectos.

†† Hemos de decir que, a partir del siglo XIII, el incipiente empleo de la prosa eclipsará por completo el empleo del verso en la novela. Con el paso del tiempo, el cambio se convertirá en norma literaria para el género narrativo: "Après une carrière de presque trois quarts de siècle, le distique d'octosyllabes, en tant que moyen d'expression du genre romanesque, va s'éclipser : entre 1215 et 1235, c'est la prose qui lui succède (...). L'adoption de la prose par le roman remonte donc au premier tiers du XIIIe siècle. Elle est décisive dans notre histoire : de nos jours, nous ne concevons le roman (même «poétique») qu'en prose" (Gros y Fragonard, 1995: 13-14).

Continuando en un ámbito estrictamente literario, otra de las dificultades con las que a menudo se encuentra el traductor, especialmente el traductor de textos medievales, es lo que se concibe como *idiolecto del escritor*. Conocer aspectos como su nivel de cultura y formación, el movimiento literario en el que se inscribe, su estilo, etc., son criterios que nos pueden ayudar a dilucidar el *idiolecto* que emplea en su obra. Así lo afirma Galliot cuando nos dice: "une longue familiarité avec l'auteur, avec ces façons d'écrire, vous permettra peu à peu d'éclaircir telle expression, telle phrase qui vous avez d'abord paru hermétique" (1967: 13). Sin embargo, en lo que se refiere a la *Literatura Francesa* del medievo, la cuestión no es tan sencilla, ya que un número de obras más que considerable son anónimas. En otras ocasiones, su autoría no está muy clara y, finalmente, en la mayor parte de los casos, aunque esté claro quien es el autor, poco se suele saber de él, incluso en el caso de autores tan afamados en el panorama medieval como son Marie de France o Chrétien de Troyes, por sólo citar dos ejemplos.

Dejando ya de lado las dificultades más propiamente literarias, otra de las dificultades con las que a menudo se topa el traductor de obras medievales es, precisamente, la traducción de *términos culturales*. La distancia cronológica que se impone entre la cultura francesa medieval y la actual generalmente suele entrañar serias diferencias entre ambas. Ello implica que el traductor necesite de un trabajo previo de investigación sobre el contexto cultural en el que el texto aparece inscrito y ello es así porque la *Literatura* de todos los tiempos, y en este sentido la *Medieval* no es ninguna excepción, suele ser un caldo de cultivo óptimo en el que canalizar el acervo cultural de un país. La traducción de términos culturales es, pues, una cuestión bastante común en nuestro caso y, ante este problema, caben dos posibilidades a la hora de traducir dichos términos: la primera, la *transferencia*, gracias a la cual se puede reflejar el colorido medieval del texto, y la segunda, el *análisis componencial*, procedimiento en virtud del cual se elimina el aspecto cultural en favor del contenido informativo del término. Una vez más, la elección de un u otro procedimiento debería ir en consonancia con el tipo de público al que va dirigida la traducción. Así, si se trata de un público poco o nada familiarizado con la cultura medieval, el *análisis componencial* será el procedimiento más adecuado, ya que permitirá una lectura mucho más cómoda y dinámica. Muchas veces, hemos de decir que el problema se subsana con la *nota explicativa*, pudiendo así conservar el término medieval. Hemos de reconocer que ello permite mantener la ambientación temporal del texto, pero una presencia demasiado acusada de *notas explicativas* puede cargar la lectura y hacerla así poco dinámica. Por ello, muchos traductores no son partidarios del empleo de la *nota explicativa* en estos casos. Además, también hemos de reconocer que no todo se puede transferir a la *lengua término*. De hecho, cuando un *término cultural* ha desaparecido del *francés moderno* o simplemente ha cambiado de sentido, el transferirlo podría provocar lagunas en el lector, máxime si ha dejado de haber una traducción exacta para tal término. Así lo afirma Tricas cuando sobre el factor diacrónico y el cambio cultural nos dice:

*Cuando las lenguas que el traductor debe poner en contacto son el vehículo de expresión de sistemas spico-sociales y culturales muy alejados entre sí, los problemas de transjerencia cultural pueden ser notables. Especialmente, si entre el texto y la tradición han transcurrido muchos años o si existe un considerable alejamiento geográfico y cultural (1995: 37-38).*

Otros traductólogos como Margot (1979: 29) o Snell-Hornby (1988: 42) también defienden la necesidad de conocer los aspectos culturales del texto que se traduce. De hecho, Margot lo ve como una necesidad más a la hora de comprender el texto original, pues no sólo basta con un buen conocimiento de la lengua, sino de todo lo que la envuelve: su espacio geográfico, el momento histórico y la cultura en la que se inscribe. De hecho, para Snell-Hornby, el que el lenguaje sea parte indiscutible de una cultura requiere al traductor el ser diestro no sólo en dos lenguas, sino también en dos culturas. A medida que el conocimiento se perfecciona en ambos sentidos, mayor decimos que es la capacidad del traductor para acometer la tarea de traducir el texto:

*The language is an integral part of culture, the translator needs not only proficiency in two languages, he must be also at home in two cultures. In other words, he must be bilingual and bicultural. The extent of his knowledge, proficiency and perfection determines not only his ability to produce the target text, but also his understanding of the source text (1988: 42).*

El traductor ha de presentar así lo que Santoyo concibe como "responsabilidad cultural" (1985: 28). Creemos, quizá subjetivamente, que esta responsabilidad se hace si cabe más acusada cuando se traducen textos tan lejanos ya en el tiempo, como son los escritos en *francés antiguo* o *medio*. Las *canciones de gesta*, las *novelas corteses*, la *poesía de trovadores y troveros*, los *jabliaux*, las *farsas*, la *historiografía*, etc., suelen ser legados culturales que nos permiten conocer (sin olvidar, por supuesto, los límites que impone la *ajiccionalidad* de la obra literaria) el modo de vivir y pensar que imperó en la Francia del medievo. En este sentido, pensamos que el conocimiento filológico, en tanto que integrante en sus estudios universitarios<sup>12</sup> de este panorama cultural puede suponer un buen camino de formación para el traductor de textos literarios medievales en lengua francesa.

Finalmente, pensamos que no sólo es necesario un buen conocimiento lingüístico y cultural por parte del traductor y en el inventario de dificultades que aquí hemos llevado a cabo (inventario susceptible de ser completado, desde luego) así ha quedado patente. Nos referimos concretamente a las dificultades que hemos catalogado de índole literaria. En efecto,

<sup>12</sup> Así lo señala Toda cuando nos dice: "Los estudios de Filología, que incluyen asignaturas como Literatura Medieval e Historia de la Lengua, permiten que quienes los cursan lleguen a conocer obras literarias medievales que, en muchos casos, no están al alcance de personas que carecen de esta formación, aun cuando conozcan bien el estadio moderno de la lengua en que fueron escritos" (1993: 21).

como bien apunta Barjan, "la traducción poética exige además una actitud especial por parte del traductor así como un talante y una capacidad literaria que no es exigible en otros tipos de traducción" (1995: 65). Este conocimiento y esta capacidad literaria (tal vez deberíamos hablar de sensibilidad y gusto por lo literario) resultan muy necesarios en unos textos tan alejados en el tiempo como son los que pertenecen a la Literatura Francesa Medieval. Un buen conocimiento de esta Literatura, de sus autores, de sus movimientos y géneros, las características de ambos, el apego que existe entre Literatura y Retórica en esta época, de todo lo que viene a constituir el canon literario medieval, en definitiva, resultará de gran utilidad en el ejercicio de la labor traductora, puesto que géneros como la canción de gesta, la *poesía* cortés, el *fabliau* o la *farsa*, por sólo traer a colación algunos de los muchos que surgen en este periodo, son manifestaciones que, a veces, muy poco tienen que ver con la Literatura Francesa más actual. En base a ello, no creemos, en absoluto, descabellado o desfasado el que los estudios filológicos puedan suponerle al traductor una buena herramienta de trabajo. No en vano, en Francia, como en España y otros tantos países, los grandes traductores de textos literarios escritos en *francés* antiguo o medio no sólo destacan por su labor traductora, sino por ser grandes investigadores en el terreno filológico. Así ocurre, por ejemplo, con Payen, traductor de célebres obras como las primeras versiones francesas del Tristán (versión de Béroul, Thomas, Folies de Berna y Oxford, y Lai de la Madreselva) o Jonin, traductor de la Chanson de Roland, ambos filólogos y valiosos al tiempo que reputados investigadores de *Literatura* Francesa Medieval.

A modo de conclusión, diremos que en este trabajo hemos podido constatar la complejidad que entraña la traducción de una obra literaria medieval, especialmente en una lengua como ha sido el francés, rica y extremadamente compleja en su evolución. Nada tiene que ver el *francés antiguo* con la lengua que se habla en nuestros días en muchos aspectos: morfológico, sintáctico, *léxico*, *fonético*, *gráfico*, etc. De hecho, su ininteligibilidad no sólo afecta a un hablante extranjero, sino a los propios franceses. Sin embargo, las dificultades en la ardua empresa de traducir un texto literario medieval no son sólo lingüísticas. También existen dificultades de índole cultural. Si la lengua ha cambiado a lo largo de los siglos, no podemos decir que la cultura no lo haya hecho por su parte. Ello, en ocasiones, crea lagunas que el traductor deberá subsanar de alguna forma y, a menudo, tal y como hemos visto, ésta no resulta cuestión baladí. Finalmente, siguiendo en el orden del cambio y la evolución, también las convenciones literarias cambian. Ello hace que, en ocasiones, no sea fácil para el traductor decidir si debe arcaizar en la medida de lo posible el texto traducido o, más bien, debe adaptarlo a las exigencias formales modernas, teniendo en cuenta que su traducción va dirigida a un público actual.

Como vemos, no son pocos los dilemas que se presentan en el campo de la traducción medieval, dilemas que, en muchas ocasiones, sólo pueden ser tratados con un profundo conocimiento filológico de la lengua que se traduce, pues no sólo es necesario que el traductor

tenga una buena competencia lingüística (en LO y LT). También ha de ser un buen etnógrafo, con un perfilado conocimiento de la *Cultura Francesa* y de la *Literatura Francesa* de este periodo, pues sólo así se salvan lagunas y distancias con coherencia, elegancia y corrección. Al hilo de lo dicho, nos gustaría, pues, cuestionarnos si es útil y recomendable que la *Filología* como tal desaparezca, pues no se nos escapa el preguntarnos quién formará a los futuros traductores de obras literarias medievales, ya sean éstas relativas a la literatura francesa, inglesa, española, alemana, italiana, etc., tanto más cuanto que la evolución de una lengua es una cuestión ineludible a la que durante no pocos siglos hemos estado expuestos y a la que, querámoslo o no, continuaremos estándolo. Podríamos pensar, con no poca ligereza, que las obras medievales ya están traducidas o, al menos, las más importantes. No vamos a entrar ahora en qué es importante o no en *literatura*, pues, como sabemos, el establecimiento de un *canon literario* es una cuestión compleja y relativa, pero sí diremos que, al menos en lo que respecta a la *Literatura Francesa*, aún quedan no pocas obras medievales por traducir, obras que además, si no se conocen, es precisamente por no estar traducidas. Incluso, como nos dice Toda (1993: 31), aunque tengamos obras traducidas y aunque en ocasiones contemos con más de una traducción para una misma obra, ello no quiere decir que la traducción no sea deficiente o que no exista la voluntad por parte del traductor o de una casa editorial de superar la traducción o traducciones que se hayan hecho de una obra concreta. A la luz de lo expuesto, se evidencia que la traducción de obras medievales, en lo que atañe a la *Literatura Francesa*, y muy posiblemente a las *Literaturas* de otros tantos países, se presenta como un rico campo de trabajo para el traductor, a la vez que como una tarea que puede resultarle apasionante en su labor de traducción y al público en su labor de descubrimiento y lectura.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARJAU, E. (1995, "La traducción de textos poéticos: dificultades y estrategias", in Marco Borrillo, J. (ed.), *La traducción literaria*, Barcelona, Universidad Jaume I.
- BATANY, J. (1972), *Français médiéval*, Paris, Bordas.
- BONNARD, H. y RÉGNIER R. (1989), *Petite grammaire de l'ancien français*, Paris, Armand Colin.
- BRUNOT, F. (1966), *Histoire de la langue française. Des origines jusqu'à nos jours*. Tomo I, Paris, Armand Colin.
- GALLIOT, M. (1967), *Etudes d'ancien français*, Paris. Larousse.
- GARCÍA, R. (2002a), "El reto de la traducción literaria en textos del francés antiguo: de la lejanía en el tiempo a las dificultades en los aspectos culturales y lingüísticos", in Soto Vázquez, J. L. (ed.), *Insights into translation*, IV, La Coruña, Servicio de Publicaciones de la Universidad de la Coruña.
- GARCIA, R. (2002b), "En tomo a una perspectiva diacrónica del cambio sintáctico: del francés antiguo al francés moderno", in Figuerola C. et alii (eds.), *La lingüística francesa en el nuevo milenio*, Lleida, Editorial Milenio.
- GASTON, P. y LANGLOIS, E. (1970), *Chrestomatie du Moyen Âge*, Paris, Hachette.
- GROS, G. y FRAGONARD, M. M. (1995), *Les formes poétiques du Moyen Age a la Renaissance*, Paris, Nathan.
- HURTADO ALBIR, A. (1990), *La notion de fidélité en traduction*, Paris, Didier.

- MARGOT, J. C. (1979), *Traduire sans trahir*, Lausanne, Symbolon / L'âge d'homme.
- MOUNIN, G. (1963): *Les problèmes théoriques de la traduction*. Paris: Gallimard.
- PEÑA, S. y HERNANDEZ, M. J. (1994), *Traductología*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga.
- QUEFFELEC, A. y BELLON, R. (1995), *Linguistique médiévale*, Paris, Armand Colin.
- RAYNAUD DE LAGE, G. (1968), *Introduction a l'ancien français*, Paris, SEDES.
- RUIZ CAPELLÁN, R. (1994), "Edad Media: la narración", in Del Prado Biezma, J. (coord.), *Historia de la literatura francesa*, Madrid, Cátedra.
- SNELL-HORNBY, M. (1988), *Translation Studies. An Integrated Approach*, Ámsterdam, John Benjamins Publishing Company.
- SANTOYO, J. C. (1985), *El delito de traducir*, León, Universidad de León.
- STICCA, S. (1981), "Metaphors of Medieval into Modern", in Gaddis Rose, M. (ed.), *Translation Spectrum*, Albany, State University of New York Press.
- TODA, F. (1993), "Observaciones sobre la traducción de textos literarios medievales", in Le Bel, E. (ed.), *Le masque et la plume*, Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- TRICAS, M. (1995), *Manual de traducción*, Barcelona, Gedisa.
- YLLERA, A. (1999), "Reivindicación y confrontación de las lenguas vernáculas en el siglo XVI (Francia-España)", in *Relaciones culturales entre España, Francia y otros países de lengua francesa*, Cádiz, APFFUE / Universidad de Cádiz.
- VAN HOOFF, H. (1991), *Histoire de la traduction en occident*, Paris, Duculot.
- WARTBURG, W. v. (1963), *Évolution et structure de la langue française*, Bema, Éd. A. Francke.
- ZUMTHOR, P. (1984), *La poésie et la voix dans la littérature médiévale*, Paris, PUF.